

# Ciencias de la conducta y educación por el arte

*Mimi Marinović*  
*Dr. Víctor Jadresić*

Uno de los hechos más característicos del actual desarrollo de las ciencias del hombre es su tendencia a la integración. Por eso Ralph Linton ha dicho que el estudio sistemático de las relaciones entre el individuo, la sociedad y la cultura es el progreso más reciente que ha logrado el hombre en su viejo esfuerzo por entenderse a sí mismo y de ahí que en sus trabajos procure establecer contactos entre la psicología, sociología y la antropología, ante diversos problemas.

Es desde esta perspectiva —que creemos la más válida para nuestra época— que queremos hacer algunas breves consideraciones destinadas a hacer ver que ciencia y arte se están acercando cada vez más y que la educación, en el futuro, muy difícilmente podrá prescindir de este hecho.

Las íntimas relaciones y mutuas dependencias que se producen entre las distintas manifestaciones del saber humano en un proceso cultural determinado constituyen algo bien conocido sobre lo cual no es necesario insistir aquí y, si lo mencionamos, es sólo para bosquejar, a modo de telón de fondo, la situación a que nos hallamos abocados.

Resumiendo y simplificando la situación general del pensamiento que existió durante el siglo pasado y la que ha visto este siglo, podríamos, tal vez, decir que desde una exageración de la actitud racionalista, se pasó a una valoración excesiva de lo irracional, pero que ya en el último tercio de nuestro siglo, se empieza a vislumbrar el advenimiento de algo nuevo, diferente que, si bien parece involucrar una síntesis, tiene todavía mucho de misterio. Frente a la vieja antinomia entre racionalismo e irracionalismo se presiente que la humanidad —como señalara un gran pensador contemporáneo— toma conciencia de un nuevo estado.

Para comprender el sentido que llevan los cambios de nuestro tiempo y, si es posible, para avizorar el futuro, lo primero es entrar de lleno en el presente, compenetrarse, hasta donde se pueda, de lo que está ocurriendo ahora.

Esto que es válido para los hombres de cualquier país del mundo, cobra especial significación en los países en desarrollo, donde las circunstancias históricas y culturales hacen que, con más frecuencia que en otras partes, haya muchos que sigan pensando, sintiendo y actuando con los padrones del tiempo que se fue.

En la mente del hombre moderno bullen las hondas transformaciones de nuestro siglo: en las ciencias de la naturaleza, los descubrimientos y las concepciones de Plank y de Einstein, que han llevado a contraponer a la física clásica una física moderna, a la cual la técnica debe un prodigioso impulso; en las ciencias del espíritu, el advenimiento de la psicología de profundidad que iniciaran Freud y el psicoanálisis; en el arte, las muy renovadoras formas de expresión del arte abstracto, con su independencia deliberada del mundo exterior, a través de las cuales los artistas quieren comunicar una nueva visión del hombre y del universo; en la filosofía, la búsqueda, a través de la corriente existencial, de un nuevo modo de pensar y hasta de un nuevo modo de hacer la filosofía.

Tiene razón Ira Progoff cuando señala que decir que un individuo es un hombre moderno significa algo más que el mero hecho de que ha nacido en una fecha que no le dejó otra alternativa que vivir sus años en las vecindades del siglo XX, sino que también significa que una persona ha hecho algo más que absorber sin crítica las superficialidades y debilidades de su generación. Ser llamado hombre moderno en un sentido pleno y significativo implica que el individuo ha sentido en las profundidades de su ser el impacto de los problemas básicos y característicos de la era moderna. Más aún, significa que no ha huido de esos problemas sino que los ha dejado actuar en su interior, que ha dejado que lo perturben profunda e íntimamente, y que, al abrirse a sí mismo para experimentar su significado, los ha llevado hacia una solución, por lo menos dentro de su propio entendimiento.

¿Qué nos dicen, en esencia, las profundas innovaciones a que hemos estado haciendo referencia? Que en el trasfondo cultural de nuestra época la subjetividad no es nunca ajena. Que nadie puede hoy día —científico, artista, filósofo o político— dejar de pasar por alto lo que está ocurriendo en campos distintos al suyo. Basta con pensar en lo que ha ocurrido en la física, considerada por largo tiempo el ideal y el modelo de las ciencias. Si se recuerda la contraposición de la física clásica y la moderna, si los principios causal-deterministas que la inspiraban están en tela de juicio, si los físicos de hoy nos están diciendo que la física no es más una ciencia puramente objetiva como se creía anteriormente, sino que la subjetividad desempeña en ella un papel muy importante, no hay que extrañarse de la reacción en cadena que estos cambios han producido en las demás ciencias y de la gran influencia que están ejerciendo en todo el pensamiento actual.

La incorporación de la subjetividad a la ciencia es un hecho de vastas proyecciones, que tiene sometidos a revisión muchos conceptos y viejos esque-

mas. Un ejemplo claro de lo que está ocurriendo en la actualidad es lo que sucede en la medicina, la cual, desde una posición científico-natural u organicista, inspirada en la física clásica y a la que la humanidad debe, sin duda, un gran progreso, evoluciona hacia una medicina antropológica o psicosomática, en que no es extraña la influencia de la física moderna. Dicho en palabras sencillas, desde una medicina del "órgano" enfermo, en que todo era explicado en último término a base de reacciones físico-químicas, se pasa a una medicina de la "persona" enferma, que aspira a comprender al enfermo como totalidad y en las íntimas relaciones, compenetraciones e interdependencias que, ahora se sabe, existen entre los factores orgánicos, psíquicos y sociales de la enfermedad.

En el caso de la medicina, como en muchos otros casos, no se trata de emprenderlas en contra de la concepción científico-natural, de dejar de lado sus hallazgos, sino de aceptar la etapa que adviene como su continuación lógica. Es que se ha ido comprendiendo cada vez más, como lo dijera el destacado físico Karl von Weizacker, que "la insuficiencia de la ciencia natural no estriba en lo que ella afirma, sino en lo que silencia".

Las mismas necesidades antropológicas y de integración que se advierten en la medicina, se están haciendo presentes en el campo de las ciencias de la conducta, en especial psicología, sociología y antropología cultural. La preeminencia que ha tomado la llamada psicología de la personalidad, inspirada en los conceptos de profundidad, superadas ya las limitaciones de la inicial concepción psicoanalítica freudiana, facilita y estimula el avance en tal sentido.

Sintetizando la actitud predominante en la actualidad entre los cultivadores de la psiquiatría y de la psicología, podríamos decir que se advierte una tendencia creciente a considerar que en la conducta del hombre actúan múltiples factores, que pueden provenir tanto desde su propio interior, como de la sociedad y de la cultura en que le ha tocado vivir. Pertenecen a otro tiempo las concepciones unilaterales, aunque pueda haber mucho de verdad en lo que cada una dice.

\* \* \*

Pareciera que la situación existente en el campo de la ciencia, que hemos tratado de bosquejar de manera sencilla, se estuviera también extendiendo a otros campos del quehacer humano. Cuando se nos dice que es necesario un nuevo cristianismo que vincule mejor el alma y el cuerpo, que hubo quienes se preocuparon mucho del espíritu y olvidaron la materia, ¿no nos estamos acercando a la nueva "toma de conciencia" de que hablábamos? Cuando después de muchas aplicaciones de la concepción marxista y de su materialismo histórico son muchos los que plantean la necesidad de un nuevo marxismo, más humano y más libre, ¿no se está de nuevo, en la búsqueda del gran encuentro?

\* \* \*

Hemos creído necesario hacer esta somera apreciación de índole general sobre lo que está ocurriendo en el campo del pensamiento, especialmente en la ciencia, porque pensamos que está estrechamente ligado a ello la necesidad de propender a la educación por el arte.

Diríamos que, desde el punto de vista de las ciencias, esta necesidad deriva esencialmente de dos razones: una, de la evolución misma del pensamiento científico a que nos hemos estado refiriendo, que valora y necesita de la subjetividad —y nadie podría negar que los artistas y los hombres con sensibilidad pueden proporcionar un valioso aporte en tal sentido—; y otra, que de la actual situación de las ciencias de la conducta, en especial de la psicología, se deduce la conveniencia y la posibilidad de favorecer el desarrollo de todas las potencialidades positivas, especialmente las creadoras, que existen en los seres humanos.

Desde un ángulo más amplio y mirando hacia el presente y hacia el futuro, coincidimos con Mounier cuando señala que la meta de la educación no es “hacer”, sino “despertar” personas. En un mundo cuestionado y dirigido en múltiples sentidos, no hay mejor garantía para el hombre.

\* \* \*

Consideremos ahora las cosas desde otro punto de vista.

Desde antiguo el arte y la creación estética han planteado interrogantes sobre su importancia y participación en la vida del hombre y la sociedad, en especial en su formación y desarrollo integral. Pero solamente en los últimos años hemos visto surgir la idea de que el encuentro entre el arte y el hombre, ya sea como creación artística o contemplación estética, puede traducirse en una profunda y enriquecedora experiencia educativa.

Herbert Read, Irena Wojnar y otros han recurrido a los argumentos que ofrece la historia de la estética para apoyar esta idea y así podemos partir con el argumento moral de Platón, que concede al arte el poder de ampliar la experiencia del hombre, favorecer su armonía interior y su grandeza de espíritu; continuar con la “revolución kantiana” y las reflexiones sobre la educación estética de Schiller hasta llegar a los aportes de la estética psicológica y sociológica modernas.

A través de las diversas teorías, el arte aparece cumpliendo funciones importantes en la vida del hombre: la intensifica y enriquece de posibilidades de conocimiento, emoción y acción; le ayuda a comprender su realidad interior y la del mundo exterior y de las cosas; le revela lo que revelaría la experiencia, al crear equivalentes de ella; activa las fuerzas de la imaginación; deleita, enseña y cura.

Los cambios producidos en el arte, las ciencias y todo el movimiento cultural contemporáneo favorecen el establecimiento de un concepto de educación por el arte. Las innovaciones en todos estos campos, así como los dina-

mismos psicológicos y sociales puestos de manifiesto por Freud y Marx, estremecieron ese mundo racionalista que Mounier llamara “demasiado seguro de su equilibrio”, produciendo una transformación radical, una ruptura de continuidad donde todo se cuestiona y abriendo nuevas perspectivas al problema del hombre.

La psicología tradicional, para quien el hombre era un receptor comprensivo de sensaciones de la realidad externa y que valoraba casi exclusivamente los fenómenos conscientes de las parcelas en que dividía la vida psíquica, sufre el primer embate con la irrupción del psicoanálisis y la importancia que éste le concede a las fuerzas irracionales de lo inconsciente en la determinación de la conducta humana, hasta llegar a las versiones más modernas de la psicología de profundidad que tratan de tomar en cuenta la dimensión integral del hombre, física, biológica, social, ética, estética y aún religiosa. De allí que sea posible, en nombre de la psicología profunda, reconocer en el arte una tendencia, una aspiración o una actividad arraigada en lo más profundo del hombre, que contribuye a darle sentido a su existencia y afirmar su autodeterminación personal. Así el goce estético vendría a ser el resultado de la satisfacción de una necesidad específica; el arte no sería, como lo proponían los psicoanalistas, el disfraz de la sexualidad.

En el campo del arte sucedió algo similar. Los artistas se fueron liberando del realismo tradicional, las concepciones nuevas se apartaron de él y fueron mostrando la preeminencia del hombre sobre las cosas. Esta ruptura con el mundo de las apariencias se expresó en muchos de manera violenta, al buscar como fundamento objetivo de sus obras lo desconocido dentro de nosotros: el mundo inconsciente que el surrealismo trató de traducir en imágenes; como también lo desconocido fuera de nosotros: el mundo de la abstracción, de la misma forma como a la física moderna le importaba no ya lo perceptible, sino su estructura.

Al seguir el primer camino, el artista trata en forma deliberada de captar y expresar su interioridad en un acto consciente de conocimiento y expresión del yo, como lo muestra, por ejemplo, la tendencia autobiográfica y la profundización en el personaje dentro de la literatura y el autorretrato en la pintura, donde se reemplaza el registro realista de las facciones del rostro por signos o símbolos de nuestro yo.

En la vía de la abstracción, la estructura que para el físico se traduce en una relación de números, se manifiesta en el artista en una relación de líneas y colores, dándole a la realidad externa una configuración que no es la apariencia superficial de las cosas sino su estructura subyacente.

Esta liberación del realismo sensorial y racional, el descubrimiento de nuevos conceptos de energía y movimiento en la física, como en el estudio del hombre y de la sociedad, unidos al gran avance de la técnica, hicieron surgir nuevas formas y medios de expresión artística, ensanchando las posibilidades del arte. Se empezó a tomar conciencia de lo que esto significaba, de sus vincu-

laciones con lo más profundo del hombre y de la naturaleza, con las revelaciones de la ciencia y del espíritu. La nueva visión del mundo del arte, como el interés por las creaciones espontáneas infantiles, primitivas y psicóticas permitieron una relación más estrecha del arte con la totalidad del hombre y con sus posibilidades y perspectivas individuales y sociales.

La educación no ha escapado a estos cambios y aunque el proceso de transformaciones no termina y queda mucho por hacer, es posible demostrar que en la misma forma como caducaron muchos viejos esquemas de la filosofía, las ciencias y el arte, en la educación se ha pasado de un énfasis racionalista a una concepción que toma mucho más en cuenta la realidad existencial y social.

En su afán de comprender al hombre en profundidad y ayudarlo a desarrollar al máximo sus posibilidades para alcanzar su más completo bienestar y el de la sociedad —para que llegue, en último término, a ser más hombre y a alcanzar su plenitud humana—, la educación tuvo que modificar, ampliar y perfeccionar sus objetivos y métodos. Hubo necesidad de recurrir a los aportes de las otras ciencias del hombre, superando las viejas disputas acerca de la supremacía y de la independencia entre ellas. La revaloración de la infancia y su aceptación como tal, dejando de lado la idea abstracta que se tenía antes de ella, como el reconocimiento de la universalidad de la educación y del derecho de todo hombre y mujer a recibirla, cualquiera que fuera su condición, le abrió grandes perspectivas para buscar nuevos recursos.

La educación artística no podía dejar de tomar en cuenta la finalidad más amplia de la educación tal como se formulaba en este nuevo contexto socio-cultural; no podía constreñirse a buscar talentos, preparar artistas, enseñar técnicas, desarrollar ciertas habilidades y el gusto por lo bello; como tampoco podía preocuparse de entregar solamente conocimientos acerca de la historia del arte y la evolución de los estilos. Debía ser todo esto y mucho más.

Los primeros intentos de renovación se preocuparon principalmente de la expresión espontánea del niño, de desarrollar sus facultades creadoras, estableciendo una estrecha relación entre el proceso de desarrollo psicofisiológico y sus necesidades de expresión a través del juego simbólico y de adaptación a la realidad. Se estudió principalmente la evolución del dibujo libre del niño, la influencia de los ritmos musicales y se analizó el papel de las distintas clases de arte en las sucesivas fases de crecimiento, promoviendo en la práctica la actividad creadora. Esta primera etapa significó un gran aporte al desarrollo de la psicología infantil y a la utilización de las técnicas artísticas como un medio de entender la personalidad y de contribuir en el tratamiento de sus alteraciones. Favoreció la variada elaboración de tests que, basados en los análisis del movimiento expresivo y en los elementos proyectivos de producciones artísticas, permitieron captar sus rasgos esenciales. Paralelamente, las funciones catárticas del arte, destacadas por el creador del psicoanálisis, fueron valoradas por la psiquiatría en una nueva dimensión, iniciándose las experiencias que han

permitido la aplicación terapéutica del arte a través del psicodrama de Moreno, de la pintura, el modelado, la música, la danza e incluso de la poesía.

Posteriormente se produce una expansión del concepto de educación artística al extenderlo a los adolescentes y adultos, incluso más allá de la escuela, como instrumento educativo y al considerar no sólo la importancia pedagógica de la creatividad, sino que también de la contemplación estética, en un esfuerzo de síntesis de la experiencia artística; surge el término educación por el arte y se propone para ella un lugar fundamental en el proceso educativo; se intensifican los esfuerzos de cooperación internacional para precisar y fundamentar esta nueva concepción y adecuar los métodos y técnicas necesarias para llevarla a la práctica; Herbert Read, Edwin Ziegfield, Viktor Lowenfeld, Thomas Munro y otros, promueven y propugnan las nuevas ideas: las Naciones Unidas proclaman el derecho de toda persona a participar libremente en la vida cultural de la comunidad y a gozar de las artes; se empieza a entender el arte y la cultura como una forma de expresión de la identidad personal y nacional, y los países en desarrollo quieren descubrir e identificar su patrimonio cultural y artístico como una manera de abrirse paso al progreso.

En seguida se advierte que una gran parte de la humanidad sigue estando marginada de las revelaciones del arte, y que hay una brecha entre el arte de nuestro tiempo y las grandes masas. Señala Duncan F. Cameron que "la cultura de masas, bajo el impulso de una inmensa fuerza de comercialización, lanza oleada tras oleada de héroes populares. A veces su contenido es fuerte, auténtico, nacido de un afán de renovación, pero en su mayor parte no es sino la explotación comercial y espuria de ese mismo afán. Y en medio de la algarabía de los medios electrónicos de información y bajo el inmenso alud de periódicos y revistas de gran circulación, la voz del artista parece perdida y sofocada... se dirige a una minoría. Su lenguaje y sus enunciados permanecen desconocidos para el más vasto público, incluso para quienes quizás siguen fervorosamente a una u otra de esas minorías".

Si aceptamos que el arte es una actividad esencial de la vida humana, reveladora del ser del hombre y factor de evolución individual y social, que no es una superestructura y que hay apremio por dar solución a los grandes problemas de nuestro mundo en crisis, fluye la necesidad urgente de encontrar y perfeccionar los procedimientos adecuados por medio de los cuales el arte entre en contacto con el hombre para beneficio de todos. Son grandes las dificultades y un ejemplo de ellas lo constituyen los resultados de una encuesta realizada recientemente en Canadá con el patrocinio del Consejo Internacional de Museos y la ayuda de la UNESCO acerca de las actitudes del público frente al arte moderno. Se comprobó la validez de una antigua observación que dice que existe un retraso de alrededor de medio siglo entre las innovaciones artísticas y su aceptación por el público, a pesar de todos los adelantos técnicos en materia de información y extensión de la enseñanza. Las conclusiones de esta investigación están siendo todavía estudiadas, hay diversas interpretacio-

nes y diferentes propuestas de solución al problema. Ellas deberán ser consideradas al igual que las que vengan de otros lados, para que tanto a través de la educación sistemática, como de las políticas culturales artísticas que cada país se fije, el arte sea experimentado, vivido por todos los hombres en libre creación y contemplación, y que esta incorporación del arte a la vida no sólo sea para mejorar el arte, sino la vida misma.

Nuestro concepto de educación por el arte significa el reconocimiento de la evolución de la educación artística hasta llegar a nuestros días y de los aportes ofrecidos por todas las ciencias del hombre y la estética. Llegamos a un momento en que la noción de educación por el arte sintetiza la antigua inquietud latente en el hombre por formarse y perfeccionarse integralmente a través de la experiencia estética; se trata, en su sentido más amplio —y aplicando la definición maritainiana—, de guiarlo en el desenvolvimiento dinámico a lo largo del cual va formándose en cuanto persona humana, por medio del desarrollo de sus facultades creadoras y de las relativas a la captación estética de las obras de arte, al mismo tiempo que va enriqueciéndose con el conocimiento y participación en el patrimonio artístico cultural de su nación y de la civilización. El despliegue de lo imaginativo y creador en el arte facilita el despertar de otras fuerzas creadoras tan necesarias para el mundo moderno y que hacen al hombre más libre y dueño de su destino.

Creemos que una gran tarea de nuestro tiempo es propender a la formulación de una antropología del arte, que englobe y coordine estudios, para que sirva de base a las aplicaciones que, en múltiples campos, se están haciendo necesarias en relación a lo que el arte representa y puede representar en bien del hombre, de la sociedad y de la cultura.